

I

Hace ya mucho tiempo que la sombra espesa de los mandarinos se tornó en una vegetación salvaje de mirtos y madroños. Vivimos bajo unas mortajas de piedra color terracota que se camuflan con el color áspero de esta tierra. Y con nosotros yacen las promesas que simplemente se fueron olvidando. Ahora son traslúcidas, de un gas fino que apenas existe.

Al principio, todos creímos que este cementerio iba a ser algo transitorio, algo efímero comparado con la eternidad que nos aguardaba. Al fin y al cabo, esta no era nuestra tierra. Era una tierra prestada a la cual habíamos llegado para un trabajo con fecha de caducidad. Pero de pronto llegó ese gas fino y traslúcido, y nos ancló al suelo.

In loving memory...

II

La capa de mirtos espesos aleja al cementerio del paisaje duro de las minas, del paisaje anaranjado por el hierro y amarillo por el azufre y nos da cierto frescor, sobre todo en los calurosos veranos de Riotinto. Nos hace soñar aún más con los veranos templados de nuestra Inglaterra.

Hace ya mucho tiempo creímos ciegamente en la palabra de Mr. Bessborough, el último presidente de la Riotinto Company Limited, y en su promesa de que con la salida de esta compañía de suelo español partirían hacia Inglaterra no solo los vivos, sino también los muertos. A nosotros, que llevábamos algunos años entre estos, nunca nos movieron del Sur.

¿Quién quiere reposar eternamente en una tierra extraña, tan árida y tan distinta a la suya? Entre nosotros hay personas jóvenes, que habían nacido aquí. La muerte los cogió sin aviso a una edad en la que los sueños no se hacen desde la tumba. Incluso ellos, no sé si por el influjo de sus apellidos, tan exóticos para los lugareños, por las historias oídas a sus padres, o simplemente por esa vanidad propia de un colonizador que nos tiene eternamente separados de los españoles, deseaban partir más allá del Canal de la Mancha y reposar para siempre en su Inglaterra de ficción, a la que nunca llegaron a conocer.

A mediados de 1954, meses antes de la partida de nuestros compatriotas, el silencio se oía avanzar día a día, inexorable. Lentamente los hornos agotaban sus últimos rescoldos, el tronar de las trituradoras se apagaba y las voces de los mineros que durante tantos años habían recorrido esta tierra se tornaron mudas. Junto a este silencio, el trasiego de una partida feroz crecía a centímetros de nuestros cuerpos. Era la hora de volar.

Pero el trasiego de la partida, junto con el ruido de cientos de máquinas, también cesó.

No lo sé con seguridad, pero creo que fue Ms. Catherine la primera que intuyó nuestro abandono. Ella había venido desde una mansión señorial en el barrio londinense de South Kesington para servir en la casa solemne de Mr. Geddes, el anterior director, y posteriormente en el Club Inglés. Eso fue en 1932. Había vivido, como todos nosotros, una vida de secundario, apartados de los habitantes del lugar y alejados de la élite que dirigía la explotación minera. Los mineros, los que partían la tierra cada día en pozos y minas a cielo abierto, eran los que desde siempre habían habitado esta tierra. Los jefes eran los señores del barrio de Bellavista, los que disponían de todo: tierra, bienes y vidas de mineros. En medio estábamos nosotros. Servíamos en las casas de los ingenieros, de los capataces, y en la mina realizábamos los trabajos de subalterno. A pesar de todo, éramos unos privilegiados para la inmensa mayoría de los españoles. Al final, la muerte nos igualó en el mismo suelo.

Ms. Catherine había llegado sola, solo dos años antes, pero la fatalidad hizo que un fiero brote de tuberculosis en la zona fuera para ella el punto de amarre a este lugar del Sur. Algunos jefes, que enfermaron también, eran enviados a Inglaterra, donde el clima es más frío y donde las posibilidades de curación se adivinaban mayores. Este no fue el caso de Ms. Catherine. Tuvo que conformarse con pasar sus últimos días entre una salita austera del hospital de Riotinto y su dormitorio en una pequeña casa a las afueras del barrio inglés. Murió una tarde de otoño tras unas interminables horas de asfixia.

Algunos años después, a principio de los años cincuenta, yo encanecía en esta parte de España junto a mi marido. Él era administrativo de la Compañía y nuestras esperanzas eran que los rumores de un cierre cercano de la mina fuesen ciertos y que en unos pocos años pudiésemos regresar a nuestra Inglaterra con una pensión suficiente para llevar una vida sencilla pero sin angustias. No habíamos tenido hijos, así que nuestras necesidades eran pequeñas. Nunca se es feliz con muchas necesidades. Pero en 1954, cuando la Riotinto Company Limited abandonó la explotación de las minas, mi marido regresó solo a nuestra tierra verde del norte. Un año antes, unas fiebres que aparecieron de repente me fueron consumiendo, y pocos meses después fui enterrada en el cementerio inglés. De esta manera pasé a formar parte de los que nunca serían repatriados, de los que compartiríamos el mismo destino que los malacates oxidados, la maquinaria abandonada y los trenes eternamente quietos: la incuria de los hombres por los siglos de los siglos.

Creo que sí, que fue Ms. Catherine la primera que intuyó nuestro destino. Recuerdo cómo se paseaba entre los incipientes mirtos diciendo: ¿están aquí enterrados los jefes? No seáis ilusos, no nos llevarán. Ellos ya se fueron hace muchos años.

Ms. Catherine había servido en sus casas, en el Club Inglés, y sabía muchas cosas.